

Reflexión

El libro del Génesis nos hace pensar hoy en nuestros corazones heridos de envidia. Y lo escenifica gráficamente con los hermanos de José. Nos dice el texto que **«lo vieron desde lejos y, antes de que se acercara, maquinaron su muerte»**. Incapaces de una mirada normal, la envidia consiguió infectar todos sus sentidos de manera que ya no satisfacían su vida sino era acabando con José y sus sueños y utopías. La sabiduría de los textos sagrados es más que evidente en cuanto nos reflejan el rostro de Dios y, detalladamente, el rostro del ser humano. El mejor modo de sanar nuestra fraternidad es ponerle nombre a nuestras envidias, reconocer nuestra fragilidad y poder verbalizarla. El amor de Dios es tan grande que llega a toda existencia y consigue hacerla feliz. No siempre somos conscientes de ello, por eso continuamente podemos estar sospechando que lo que el otro disfruta podría ser nuestro. Sin embargo, el camino de la humanidad en su sueño fraterno es aprender a disfrutar del mayor bien, el encuentro.

Oración

Cúrame, Señor, cúrame por dentro,
como a los ciegos, mudos y leprosos,
que te presentaban.

Yo me presento.

Cúrame el corazón, de donde sale,
lo que otros padecen
y donde llevo mudo y reprimido
el amor tuyo, que les debo.

Despiértame, Señor, de este coma profundo,
que es amarme por encima de todo.

(Ignacio Iglesias, SJ – PastoralSJ)



Foto: Pixabay.com